

Si usted lee este libro...

por Andrés Prins

El ruido se iba haciendo cada vez más estruendoso a medida que nos aproximábamos a la casa en la creciente penumbra. Yo acababa de dar clases de español a jóvenes entusiastas de un pueblo árabe-bereber de Marruecos oriental. Le tocaba el turno a Mohamed, el director de la cooperativa donde yo enseñaba, hospedarme esa noche antes de que yo diera clases al día siguiente previo a emprender el viaje de hora y media para volver junto a mi esposa e hija.

Al entrar en la casa se hizo obvio que el ruido provenía de una de las salas de la planta superior. Mohamed me explicó que vivía con sus dos hermanos, casados con dos hermanas cuya madre había fallecido hacía algunos años, y que esa noche se estaba celebrando en beneficio de ella una ceremonia *tolba* de recitación del Corán con varios de los vecinos. Siguiendo a mi anfitrión, subí las escaleras hacia el origen de las voces, dando finalmente con un salón semi-oscuro donde una veintena de hombres vestidos de *yilabas* coreaban suras coránicas dirigidos por cuatro *faqihs*, líderes religiosos que tenían memorizado el Corán completo. No puedo decir que me sintiera contento –yo quería poder estar tranquilo y descansar, pero no había cómo....

Eventualmente, aprovechando una pausa en la recitación, Mohamed empezó una larga y halagadora presentación de mi persona como integrante de la ONG responsable de muchos proyectos de desarrollo realizados en el pueblo y que esos hombres seguramente conocerían. Al alargarse la presentación, algo me sobrevino y casi sin pensar interrumpí al director: «Nosotros lo único que procuramos hacer es seguir el ejemplo de *Sidna Isa al Masih* (nuestro señor Jesucristo). Él hizo el bien a todos. Nosotros solo procuramos ser como él». ¡Esos hombres estaban encantados! ¡Finalmente estaban conociendo a un occidental que al parecer tomaba en serio a Dios y al querido Profeta Jesús!

Yo también me sentía bastante complacido con la positiva reacción pública hasta que, desde el otro lado del salón, escuché a uno de los *faqihs* comentarle a su vecino:

¿Sabes? --es de balde que musulmanes como tú y yo tratemos de convencer de la verdad del islam a hombres como este profesor que ha estudiado y viajado tanto. A personas así hay que dejarles que sigan sus estudios e investigaciones, ¡y al final por sí mismos llegan a descubrir la verdad y a hacerse mejores musulmanes incluso que nosotros!

¡Era esa la impresión que yo iba a dejar? ¿que me encaminaba, lento pero seguro, desde mi esencialmente anacrónica ignorancia cristiana hacia la iluminación verdadera del islam? ¿Qué podría yo hacer ante nociones tan arraigadas?

La ceremonia continuó hasta que, pasada las diez de esa fría noche de diciembre, el *faqih* principal empezó a cerrar la velada para que él y sus compañeros recibieran su pago y pudieran retirarse a dormir un poco previo a dirigir los rezos en sus respectivas mezquitas una hora antes del amanecer. Procedió a pronunciar unas bendiciones en árabe clásico para los organizadores del evento –Mohamed, sus dos hermanos y yo, su huésped. Me quedé algo sorprendido cuando, al concluir sus bendiciones, el *faqih* me preguntó si yo había entendido lo que él había dicho. No queriendo caer en polémica, simplemente respondí que sí, que había entendido su bendición (que yo pronto descubra la verdad del islam y me haga musulmán), y le agradecí por sus amables deseos –al fin de cuentas me estaba deseando lo mejor que él conocía.

Fue entonces que *realmente* me sorprendió el anciano y barbudo *faqih*: «No. A ver. Seamos sinceros. ¿Por qué nosotros los musulmanes podemos creer en vuestro profeta y ustedes los cristianos se niegan a creer en el nuestro?» ¡Me llevó unos segundos recuperarme del impacto de una pregunta tan “descortés” sobre un tema tan sensible en un contexto tan público! ¿Cómo podría yo dar una respuesta que fuera, como mi Maestro, lleno de gracia y también de verdad?

Lo que finalmente llegué a decir fue más o menos lo siguiente:

Estimado *faqih*, su pregunta es *muy* importante. Pero ya son más de las diez de la noche y no creo que nos alcance el tiempo ni la energía para darle a su pregunta la respuesta que se merece. Sin embargo (procedí a sacar de mi portafolio un pequeño libro verde), si usted lee este libro, ¡la próxima vez que nos veamos podremos tener una muy buena conversación sobre su pregunta!

La tapa del libro decía, en árabe, *Al-Inyil*, y en español, *El Evangelio*. Era una copia bilingüe del Nuevo Testamento que utilizaba el mismo nombre que todo musulmán asocia con la revelación de las “Buenas Noticias” dada por Dios al Mesías Jesús, aunque casi ninguno de ellos jamás la ha podido leer. El *faqih* tomó el *Inyil*, se lo mostró a sus compañeros, me agradeció y se retiró, junto con la mayoría de los hombres. Pero cuatro se quedaron; querían una respuesta aunque sea resumida a la pregunta que se me había planteado.

Procedí de la siguiente manera:

Mis amigos, el problema es este: para quien ha leído y entendido el *Inyil*, hacerse musulmán es como dar marcha atrás. (Noté su perplejidad al escucharme aseverar lo opuesto a lo que siempre habían oído, que después del cristianismo el islam es el próximo paso hacia adelante en el gran plan de Dios.)

Sí. Es como dar marcha atrás porque quien lee y entiende el *Inyil* descubre allí que *todos* los profetas, *todos* los apóstoles dan testimonio de que en el Mesías, Dios escogió venir de forma humana, para vivir entre nosotros, pasar lo que nosotros pasamos, y al final de una vida sin pecado tomar sobre sí mismo el castigo de todas nuestras maldades, dando su vida en la cruz, ¡y al tercer día resucitando triunfante sobre el pecado, la muerte y el diablo!

Entonces, quien entiende y cree este testimonio de todos los profetas y apóstoles recibe el perdón de sus pecados, tiene una relación con Dios como su Padre espiritual, sabe que el día que muera irá a estar con su Señor para siempre. Ahora bien, para que alguien así empiece a confesar lo que declara el Corán, que el Mesías fue solo un ser humano, que no murió en la cruz, que no es el Salvador, que no puede perdonar los pecados... ¡¡pues mira todo lo que se va a perder!! Es *muy* difícil que alguien que ha leído, entendido y creído el *Inyil* quiera hacerse musulmán.

Me llamó la atención que ninguno de mis oyentes ofreció objeción alguna; simplemente me agradecieron y se fueron.

Tras tranquilizarme, empecé a pensar que la lectura de ese Nuevo Testamento con letra pequeña quizás le resultaría difícil al *faqih*, y que en casa yo tenía una Biblia completa con letra más grande y notas explicativas que podría ofrecerle. Pero cuando le pregunté a mis anfitriones cuál era su nombre y dirección, ¡ninguno de los tres sabía! ¿Cómo iba a hacer yo, en ese pueblo de veinte mil almas, para reencontrarme con ese *faqih*?

La mañana siguiente, apenas quince metros antes de entrar en la casa donde solía quedarme a preparar mis clases para la tarde, ¿a quién veo bajando la cuesta sino el mismísimo hombre que yo quería encontrar! Le saludé con un proverbio marroquí, perfecto para la ocasión: «*Sodfa ahsan min alf mi'ad!* (¡Al azar es mejor que mil citas!) Acabo de preguntarle a mis anfitriones por tu nombre, ¡pero lo desconocen!» «Saíd», me respondió. «*Mucharfeen* (honrado de conocerte), Saíd», le dije mientras nos saludábamos con los tradicionales besos en las mejillas. «Estaba pensando que te resultará difícil leer las letras pequeñas del libro que te di anoche. Si quieres, me gustaría regalarte por Año Nuevo otro más grande que incluye no solo en *Inyil* sino también el *Taurat* (Torá) y el *Zabur* (Salmos)». «¿Cómo no! Llévame a la mezquita», me dijo.

Y eso es lo que hice.

Unos tres meses más tarde cuando nos encontramos, nuevamente “al azar”, Saíd me aseguró que todavía seguía leyendo el *Kitab al-Muqadis* (“el Libro Santo”)...

De esta y muchas otras experiencias con amistades musulmanes, he aprendido a valorar las siguientes prácticas, que recomiendo a todo seguidor del Mesías:

1. Confiesa claramente tu amor por Jesucristo.
2. Esfuérzate por el bienestar de otros pero dale el crédito a Cristo.
3. Nunca asumas que quien dice ser musulmán no tiene interés en conocer el Evangelio.
4. Haz referencia regular al testimonio de los profetas y apóstoles de la Biblia e invita a tus amigos musulmanes a leer las “revelaciones anteriores” por sí mismos.
5. Toma cada oportunidad para corregir dos malentendidos que muchos musulmanes tienen con respecto a la fe cristiana:
 - a. que los cristianos hemos tomado un profeta meramente humano (Jesús, a quien los musulmanes también estiman muchísimo) y lo hemos elevado hasta volverlo divino, endiosando así a un ser creado y cometiendo idolatría (*shirk*).
 - b. que los cristianos, al igual que los musulmanes, simplemente estamos haciendo nuestro mejor esfuerzo para obedecer los mandatos de Dios e imitar el ejemplo de nuestro Profeta, procurando así merecernos el favor divino y ganarnos una entrada al paraíso.
6. Responde a las preguntas y objeciones musulmanas con sensibilidad pero también franqueza, siguiendo las exhortaciones apostólicas de *2ª Timoteo 2:23-25* y *1ª Pedro 3:15-16*.
7. Evita caer en discusiones o ataques contra el islam –céntrate más bien en las tremendas bendiciones recibidas al confiar en el Mesías como Señor y Salvador.

(Enero 2015)